

por que temeria la muerte en cada movimiento de los ejércitos. Entonces cerrando de pronto la discusion, decidió la asamblea que cada uno votase por *si* ó por *no* sin levantar la sesion; y habiéndose concluido la votacion nominal el 20 de enero á las 3 de la mañana, declaró el presidente por una mayoria de 380 votos contra 310, que no se suspendiese la ejecucion de Luis Capeto.

En aquel instante llegó una carta de Kersaint dando su dimision como diputado, diciendo que ya no podia aguantar mas la vergüenza de verse sentado en el seno de la asamblea, al lado de unos asesinos, supuesto que su voto precede al terror y prevalece sobre los hombres de bien; en una palabra donde Marat era preferido á Petion. Aquella carta causó un rumor extraordinario, y tomando Marat la palabra, se aprovechó de aquella ocasion para vengar en los hombres de setiembre el decreto de muerte que se acababa de espedir, y dijo: «No importaria nada haber castigado los atentados de la tirania si se castigasen tambien otros atentados mas temibles, y puede decirse que no se ha hecho mas que la mitad si no se castigan los horrores de setiembre, formando causa á sus autores.» Al oír esta proposicion se levantaron para apoyarla la mayor parte de los diputados; pero se opusieron al movimiento Marat y Tallien diciendo: «Si castigais á los autores

«de setiembre, castigad tambien á los conspiradores que se atrincheraron en palacio el dia 10 de agosto.» Al instante la asamblea, aprobando todas estas demandas, dió orden al ministro de la justicia, para que persiguiese á un mismo tiempo á los autores de los crímenes cometidos en los primeros dias de setiembre, á los individuos cogidos con las armas en la mano en el palacio durante la noche del 9 al 10 y á los empleados que habian abandonado sus puestos para venir á Paris á conspirar en favor de la corte.

Estaba pues ya Luis XVI condenado definitivamente, y ninguna suspension podia diferir el momento de la sentencia, habiéndose agotado todos los recursos discurridos para dilatar el instante fatal. Estaban consternados todos los miembros de la derecha y los realistas secretos, no menos que los republicanos, tanto de aquella sentencia cruel, como del ascendiente que acababa de tomar la Montaña. Reinaba en Paris un profundo pavor, y la audacia del nuevo gobierno habia producido el ordinario efecto de la fuerza sobre las masas, paralizando y reduciendo al silencio al mayor número, y solo escitando la indignacion de algunas almas generosas. Todavia existian algunos antiguos criados de Luis XVI, algunos señoritos y algunos guardias de corps que se proponian, segun corria la voz, acudir al socorro del monar-



ca y sustraerle del suplicio. Pero era impracticable verse, entenderse y concertarse, en medio del profundo terror de los unos y de la activa vigilancia de los otros, pudiéndose á lo mas intentar algunos actos aislados de desesperacion. Contentos los jacobinos con su triunfo, no por eso dejaban de estar admirados de él y se recomendaban unos á otros mantenerse unidos y á la vista durante las últimas 24 horas, enviando emisarios á todas las autoridades, al ayuntamiento, al estado mayor de la guardia nacional, al departamento, y al consejo ejecutivo, para vigilar sobre su propio celo y asegurar la ejecucion de la sentencia. Se decian á si mismos que aquella ejecucion se verificaria y era infalible, pero por lo mismo que lo repetian tanto, era de sospechar que no estaban muy seguros de ella. Aquel suplicio de un rey en la capital de un pais que tres años antes era por sus costumbres, usos y leyes una monarquía absoluta, parecia tan dudoso que nadie lo podia creer sino viéndolo.

Estaba encargado el consejo ejecutivo de la dolorosa mision de hacer ejecutar la sentencia, y todos los ministros se hallaban reunidos en la sala de sus sesiones, llenos de consternacion. Garat, como ministro de la justicia, tenia á su cargo la comision mas dura de todas, que era la de ir á intimar á Luis XVI los decretos de la convencion. Se

dirigió pues al Temple, acompañado de Santerre, de una diputacion del ayuntamiento y del tribunal criminal, con un secretario del consejo ejecutivo. Hacia cuatro dias que estaba Luis XVI esperando á sus defensores, y solicitando en vano verlos, cuando el 20 de enero á las dos de la tarde, oyó mucho ruido de gente que se acercaba á su prision, y adelantándose hácia la puerta, vió á los enviados del consejo ejecutivo. Paróse con dignidad y sin manifestar la menor emocion; y entonces le dijo con tristeza Garat, que estaba encargado de comunicarle los decretos de la convencion. El secretario del consejo Grouvelle<sup>12</sup> los fue leyendo, empezando por el que declaraba culpable á Luis XVI de atentado contra la seguridad general y acabando por el cuarto que mandaba la ejecucion de la sentencia dentro de las veinte y cuatro horas. Echando Luis una mirada serena sobre todos los que le rodeaban, tomó la sentencia de manos de Grouvelle, la metió en el bolsillo, y leyó á Garat una carta en que pedia á la convencion tres dias de término para prepararse á morir, un confesor que le asistiese en sus últimos momentos, la facultad de ver á su familia, y el permiso para esta última de salir de Francia. Tomó Garat la carta prometiendo ir inmediatamente á entregarla á la convencion, y el rey le dió al mismo tiempo las señas de la casa del eclesiástico,



de quien deseaba recibir los últimos consuelos.

Volviose á entrar Luis XVI con mucha calma, pidió de comer y lo hizo como todos los días; pero observando que le habian quitado los cuchillos de mesa y que se los reusaban, dijo con dignidad: «¡me creen tan cobarde que haya de «atentar contra mi vida! Estoy inocente y sabré «morir sin temor.» Tuvo que pasarse sin cuchillo y habiendo vuelto á entrar en su cuarto, estuvo esperando muy sereno la respuesta de la carta.

La convencion reusó los tres dias de espera, pero concedió todas las demas peticiones, y Garat envió á buscar á Mr. Edgeworth de Firmont<sup>13</sup>, que era el eclesiástico elegido por Luis XVI, le hizo montar en su coche y le condujo al Temple. Llegó allí á las seis de la tarde y se presentó en el patio acompañado de Santerre, diciendo al rey que la convencion le permitia tener un ministro de su culto y ver á su familia sin testigos, pero que reusaba la suspension. Añadió Garat que habia llegado Mr. Edgeworth, que estaba en la sala del consejo y que iba á buscarle. Entonces se retiró Garat, cada vez mas sorprendido y admirado de la extraordinaria magnanimidad del príncipe.

Apenas entró Mr. Edgeworth en el cuarto del rey, se echó á sus pies, pero el rey le levantó al instante y derramó con él lágrimas de ternura. Luego le preguntó con viva curiosidad noticias

acerca del clero de Francia en general, y en particular de muchos obispos y sobre todo del arzobispo de Paris, suplicándole que asegurase á este último que moria fielmente adicto á su comunión y fé; y habiendo dado las ocho, se levantó y suplicó á Mr. Edgeworth que le aguardara, y se salió muy alterado diciendo que iba á ver á su familia. Como los municipales no querian perder de vista la persona del rey, ni aun cuando estuviese con su familia, habian acordado que la viése en la pieza de comer, que tenia una puerta vidriera por donde se podian ver todos sus movimientos sin oír lo que hablaban. El rey se fue allí y mandó poner agua sobre la mesa para socorrer á las princesas en caso de necesidad, y se estuvo paseando con agitacion esperando el momento doloroso en que llegáran unos seres tan queridos. A las ocho y media se abrió la puerta y se precipitaron en los brazos del rey la reina, con el delfin de la mano, Mma. Isabel y la princesita Maria Teresa, sollozando todos amargamente. Cerrose la puerta: y los municipales con Clery y Edgeworth se pusieron junto á los cristales para ser testigos de aquella tan dolorosa escena. En el primer momento no hubo mas que llantos, gemidos y desesperacion, pero al fin cesaron los gritos y lamentos y pudieron empezar á esplicarse, estando las dos princesas abrazadas del rey y hablando algun tiempo en



voz baja. Despues de una conversacion bastante larga, mezclada de silencio y abatimiento, se levantó para huir de aquella escena dolorosa y las prometió volver á verlas al día siguiente á las ocho. — ¿Nos lo prometeis? le preguntaron con instancia las princesas. — Si, si, dijo el rey con acento dolorido, teniéndole la reina cogido por un brazo, Madama Isabel por otro y abrazándole por delante su hija y el tierno delfin agarrada una mano á su madre y otra á su tia. Al momento de salir cayó desmayada la princesita y se la llevaron al instante, volviéndose el rey á buscar á M. Edgeworth, sin poder ya sostener por mas tiempo una escena tan cruel. Al cabo de algunos instantes logró serenarse y recobró toda su tranquilidad.

Entonces le ofreció M. Edgeworth decirle la misa, que no habia oido despues de mucho tiempo, y, con no pocas dificultades consintió el ayuntamiento en aquella ceremonia, y se pidieron á la iglesia inmediata los ornamentos necesarios para el día siguiente muy de mañana. El rey se acostó á media noche encargando á Cléry que le despertase antes de las cinco: Mr. Edgeworth, se recostó en una cama y Cléry se estuvo en pie al lado de la cabeza de su amo, contemplando el sueño apacible de que gozaba en la víspera del cadalso.

Mientras que esto pasaba en el Temple, se ve-



DESPEPIDA DE LUIS XVI A SU FAMILIA.



rificaba en Paris una escena espantosa, y era que entre otras algunas almas indignadas que fermentaban en silencio en medio de aquella multitud ó indiferente ó aterrada, hubo un guardia de corps llamado Paris <sup>14</sup>, que habia resuelto vengar la muerte de Luis XVI en uno de sus jueces. Habia Lepelletier de St. Fargeau <sup>15</sup> votado la muerte como otros muchos de su clase, para hacer olvidar su nacimiento y riquezas. Esto mismo habia escitado mas la indignacion de los realistas á causa de la clase á que pertenecia, y el 20 por la tarde estando en una fonda del Palacio real preparándose á comer, se le designaron al guardia de corps. Presentándosele de pronto el jóven vestido con una especie de capote ó sopalanda, le dijo: — ¿Eres tu el infame Lepelletier que ha votado la muerte del rey? — Si, respondió este, pero no soy un infame, sino que he votado segun mi conciencia.— Pues toma, replicó Paris, ahí tienes, la recompensa y le metió el sable por el costado. Cayó Lepelletier y desapareció Paris sin que hubiera tiempo de apoderarse de su persona.

Al instante corrió la voz de aquel suceso por toda la ciudad y se dió cuenta en los jacobinos, en la convencion y en el ayuntamiento, sirviendo aquella noticia para dar mayor consistencia á los rumores de una conspiracion realista, que intentaba sacrificar á todo el lado izquierdo y libertar



al rey al pie del cadalso. Los jacobinos se declararon en permanencia, y enviaron nuevos emisarios á todas las autoridades y á todas las secciones para despertar su celo y poner toda la poblacion sobre las armas.

Al dia siguiente 21 al dar las 5 de la mañana en el Temple despertó Clery al rey y despues de preguntarle que hora era, se vistió con mucho sosiego y dijo que se alegraba de haber recobrado sus fuerzas con el sueño. Encendió fuego Clery y puso una cómoda en forma de altar y habiéndose revestido Mr. Edgeworth, principió á celebrar la misa, que ayudó Clery y el rey oyó de rodillas con el mayor recogimiento. En seguida recibió la comunión de manos del sacerdote y despues de la misa se levantó lleno de vigor y esperando con calma el momento de ir al cadalso. Pidió unas tijeras para cortarse el mismo el pelo, y evitar la humillacion de que lo hiciesen las manos de sus verdugos, pero el ayuntamiento se las reusó por desconfianza.

En aquel instante empezaban á resonar los tambores por la capital, y todos los que hacian parte de las secciones armadas se iban hacia sus compañías con la mayor sumision, mientras que los que no estaban de servicio en aquel terrible dia se encerraban en sus casas. Estaban cerradas todas las puertas y ventanas, y cada cual esperaba en su domicilio el fin de tan triste suceso. Corria la

voz de que cuatrocientos ó quinientos hombres decididos debian caer sobre el coche y arrebatár al rey, y entre tanto la convencion, el ayuntamiento, el consejo ejecutivo y los jacobinos estaban en sesion.

A las ocho de la mañana se presentó en el Temple Santerre, con una diputacion del ayuntamiento y otra del departamento y del tribunal criminal. Al oír Luis XVI el ruido se levantó y se dispuso á marchar, sin haber querido volver á ver á su familia por no renovar la triste escena del dia anterior. Encargó á Clery que se despidiese en su nombre de su muger, de su hermana y de sus hijos, y le entregó un sello, el pelo que se habia cortado y diversas alajas con encargo de entregárselas. Luego le apretó la mano dándole gracias por sus servicios, y despues se encaró con uno de los municipales suplicándole que entregase su testamento al ayuntamiento. Era este un antiguo sacerdote llamado Jacobo Roux <sup>16</sup>, el cual le respondió brutalmente que él estaba encargado de llevarle al suplicio y no de hacer sus comisiones. Otro se encargó de él, y volviéndose Luis hacia la comitiva, dió con mucha firmeza la señal de la marcha.

Iban sentados en la delantera del coche dos oficiales de gendarmeria, y en la testera el rey y Mr. Edgeworth. Durante el camino, que fue bas-



tante largo, iba leyendo el rey en el breviario de Mr. Edgeworth las oraciones de los agonizantes, y los dos gendarmas estaban admirados de su piedad y tranquila resignacion. Dícese que tenían orden de atravesarle con los sables si llegaban á atacar el coche, pero no se hizo ninguna demostracion hostil desde el Temple hasta la plaza de la revolucion. Formaba la fila una multitud armada y el coche caminaba lentamente en medio de un silencio universal. Se habia formado en la plaza de la revolucion un gran círculo donde no se dejó entrar á nadie al rededor del cadalso, que estaba cercado de cañones y de los confederados mas exaltados, á quienes apretaba el populacho vil, que siempre está pronto á ultrajar el ingenio, la virtud y la desgracia, cuando se le da la señal de hacerlo, y este era el único que daba algunas muestras exteriores de satisfaccion, mientras que todos encerraban en sus pechos los sentimientos que les agitaban. A las diez y diez minutos se paró el coche, y levantándose con fuerza Luis XVI bajó á la plaza donde se le presentaron tres verdugos, á quienes apartó con la mano y se quitó el mismo el vestido. Pero al ver que querian atarle las manos, sintió un movimiento de indignacion que indicaba querer defenderse; pero Mr. Edgeworth, cuyas palabras fueron entonces sublimes, le echó una mirada y le dijo: «Sufrid ese ultraje como la

«última semejanza que vais á tener con Jesu-Cristo  
«y como una recompensa » Al oír estas palabras la víctima resignada y sumisa, se dejó atar y conducir al cadalso. Mas de repente da un paso Luis, se separa de los verdugos y se adelanta para hablar al pueblo, diciendo con voz fuerte: « Franceses,  
«muero inocente de los crímenes que me imputan; perdono á los autores de mi muerte, y pido  
«que mi sangre no recaiga sobre la Francia.» Iba á continuar, pero al instante se dió la orden de redoble á los tambores, y aquel ruido cubrió la voz del príncipe, apoderándose de él los verdugos, y Mr. Edgeworth le dijo estas palabras: *Hijo de S. Luis subid al Cielo.* Apenas corrió su sangre, cuando los furiosos mojan en ella sus picas y pañuelos, y se derraman por Paris gritando *viva la república, viva la nacion*, y se van á las puertas del Temple á hacer alarde del gozo falso y brutal que la multitud manifiesta en el nacimiento, en el advenimiento, y en la caída de todos los príncipes.